

El pasado 30 de noviembre fue la festividad de S. Andrés Apóstol, que recibimos con la sencillez y el protocolo de costumbre. Este año por caer en sábado ha habido más público que en otras ocasiones, ya que los de "la Capi" han aprovechado para echar una escapadita. Un fin de semana hueco y vacío de actos y de celebraciones; ¿dónde están esas asociaciones o entidades (léase Peña, Grupo de Teatro, C.D.Castillo) que pugnan por acaparar los días claves del mes de Agosto, más que está preñado de actos y espectáculos? ¿por qué no dejan algo para este día que al fin y al cabo es el patrón del pueblo?

Después de esta inserción y pequeño apuntillamiento de esa idea que me anda rondando la cabeza desde hace tiempo, pasemos a narrar las tradicionales y antiquísimas "Luminarias". En la noche del 29, víspera de S. Andrés, se hacen unas hogueras en las que las gentes pasan ratos agradables entre risas y añoranzas; los niños se divierten, juegan y corretean alrededor de la lumbre, de cuando en cuando los padres para llamarlos al orden los amenazan con frases como ésta "que vienen los quintos" —que para los que no lo sepan diré que son verdaderos cocos en esta noche—, los niños se asustan y enmudecen unos minutos, pero pronto se les olvida y comienzan otra vez la algarabía y entonces asoman de verdad los quintos, y allí a de Troya, los niños corren

FIGURAS para el recuerdo

Roberto de la Casa

LA NOCHE DEL FUEGO

a resguardarse en el regazo de sus madres, éstas se parapetan detrás del padre y éste no sabe donde esconderse. ¡Que vienen los quintos! y anda que los de este año cargados de cohetes, petardos y pólvora tratando de superar las Fallas de Valencia, y por si fuera poco este año han cambiado el macho cabrío por una vacuilla que han paseado por las calles, y aunque iba atada, a más de uno el susto no hay quien se le quite. Pero pasada la tormenta, todos sabemos y no somos sabios por ello, que viene la calma; y vuelve la estampa mil veces repetida del corro de chiquillos inquietos que vociferan junto al fuego y en su lenguaje parece como si exaltaran una promesa de libertad feliz.

A las ocho de la noche cada vecino o grupo de vecinos, a un toque de campanas encienden el montón de trastos viejos, leña y otros enseres que ya tienen almacenados a las esquinas de las calles o plazas. Tiene arraigo desde siempre, como planta preferida, el tomillo por su fácil combustión,

que hoy poco a poco se está sustituyendo por las numerosas ruedas de goma que arden de maravilla y ensucian las calles que es un gusto con sus residuo y humo, pero este es un precio que hay que pagar por sacar adelante las tradiciones.

Ya de madrugada, cuando las hogueras familiares se han ido extinguiendo y en su lugar sólo quedan rescoldos de parpadeantes ascuas, y cálidas y grisáceas cenizas entonces y sólo entonces, los quintos comienzan a preparar una enorme hoguera en la plaza, junto al viejo rollo mil veces testigo de acontecimientos similares y de otra índole, que generación tras generación y año tras año, contempla en esta noche de éxtasis o de locura, como quiera llamarse, a la juventud de un pueblo que camino imparable hacia el ocaso de una vida.

En esta noche de ensueño los cohetes no cesan en toda la noche para jolgorio de unos y para delirio de los que quieren reconciliar el sueño. Allí junto a la gran hoguera un grupo de jóvenes aquanta el frío desde la

noche; fuego y vino hacen más llevaderas las gélidas horas de madrugada de un treinta de noviembre en un pueblo que ya se despereza en un nuevo día, un día grande, día de fiesta, la fiesta de su Patrono.

En esta noche si tuviéramos que buscar un protagonista nos quedaríamos con "el fuego" ese invento que en su día revolucionó a la humanidad y probablemente sea el descubrimiento más importante de la prehistoria, además del vino que esa noche reina por doquier, el fuego es otra de las cosas que ofrece su calor cálido en la noche. Pues la noche misma es misteriosa en sí y la hoguera que siempre fué objeto de admiración, se consume produciendo luz y calor, despacio y muy lentamente, al igual que se consume la noche, al igual que se consume la vida. A su alrededor, en medio de las tinieblas de la noche, el fuego irradia su círculo de luz y bajo el techo de las estrellas todo invita a la unión. En medio de este ambiente existe un desborde de alegría, con risas y bromas intentando siempre hacer más felices a todos aquellos que comparten el calor del mismo fuego.

Según pasan las horas, los jóvenes incansables ven guñar en la noche la luz espectral y soportan el humo que se enrarece de olor a brea y goma quemada y esperan impasibles para ver clarear la mañana, aguantando esa fría noche otoñal con el viento y la escarcha que no cesan.

Ya alborea, lo dice un gallo levantándose, Bayuela duerme, sólo en la plaza, un nutrido grupo, con sus cuerpos cansados del ajetreo de la noche, degustan el sabor a fiesta junto a las ascuas de la llameante hoguera. Y sandrá el sol de las mañanas frías, sol rojizo y tibio, sol de salud, incubador de gérmenes y esperanzas, lumbrará el nuevo día y entonces ellos en silencio le darán la bienvenida, y mi melancólica pluma será la lengua del paisaje mudo.

